

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios históricos, por don A. P.—Toledo (poesia), por don M. Ortiz de Pinedo.—El Caballero de la Banda-Azul (continuacion).—Caprichos de Artistas.—Variedades: El Mal Humor, por Lázaro.—Modas.—Explicacion del pliego de Labores.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

La China.—El Egipto.

Uang-Tí es el primer príncipe organizador de la China; Fau aparece luego como el autor de un nuevo calendario, y el *Chu-King*, libro canónico de moral y de historia, se cree que fué escrito veinte y tres siglos antes de la era vulgar. El primer grande eclipse de sol de que nos hablan los libros sagrados de la China, corresponde al 12 de Octubre de 2155. Sucédense las dinastías, se establece el sistema feudal, crece la poblacion en aquellos remotos países de historia desconocida, progresan en las ciencias y en las artes, se cree que conocieron la brújula once siglos antes de nuestra era, y la imprenta y la pólvora: mas adelante veremos el estado de su cultura intelectual.

En Egipto mediaron muchas dinastías, despues de espulsar á los reyes pastores, que habian ocupado el bajo Egipto; siendo el período mas notable de su historia el que acabamos de dar á conocer al tratar de José y de Moisés. Ambos fueron elevados por dos mujeres, aunque por caminos bien distintos, y en los que solo se vé la mano de la Providencia, que hace comunmente consistir en bien poca cosa los mas grandes acontecimientos.

Pero tratamos de historia, y no avanzaremos sin dar una, aunque muy ligerísima idea, de lo mas notable de ese país, que comparte con la China la cuna de la civilizacion.

Ejercido el poder por los sacerdotes, depositarios del saber, que monopolizaban, llegaron hasta intimar á los reyes que se mataran cuando no les juzgaban dignos de seguir reinando; y tenian que obedecer. Su moral era sencilla; adorar á los dioses, no hacer daño á nadie, acostumbrarse á la firmeza y despreciar la muerte. «Es base de virtud la templanza, roba al hombre su dignidad todo esceso, es dulce disfrutar los bienes adquiridos con trabajo, dan muestras de pequeñez de corazon el orgullo y el fausto, no son mas que vanidad los sueños, el arte mágico y los prodigios.»

La soberanía de la casta sacerdotal fué atacada por la casta de los guerreros, y habiéndola vencido, sustituyó á la teocracia el gobierno de los mas fuertes. De tiempo en tiempo las invasiones extranjeras interrumpieron los adelantos de la civilizacion egipcia, teniendo muchos sacerdotes que emigrar á Grecia, ó al alto Egipto, donde se fué engrandeciendo Tebas.

Por entonces colocó Osimandyas en su palacio una biblioteca, la primera del mundo, sobre la cual mandó escribir estas palabras: *Remedios del alma*. Precioso epígrafe si se aplica á los buenos libros que pueden leer todos; pero para los egipcios, dice un historiador, estaban cerrados los libros en las bibliotecas como las momias en sus sepulturas.

Entre los reyes mas grandes de Egipto se cuenta Sesostris, que floreció unos catorce siglos antes de la era vulgar: él devolvió al país su independendencia arrojando completamente á los árabes: él hizo atrevidas escursiones á los países mas opulentos, como la Etiopía, el Asia, Babilonia, la Tracia, la Arabia Feliz, y hasta la India; y él comenzó, ó se empezaron en su tiempo los mas insignes monumentos de Egipto.

En la ereccion de esos monumentos, cuyos restos son hoy la admiracion de todos, cabe tambien una gran parte de gloria á la mujer, pues la de Rhamsés dedicó á Isis un templo en Allor, sobre cuya fachada se han hallado cuatro colosos sentados, de sesenta piés de altura cada uno. En este templo se supone esté enterrado Sesostris.

Despues de una anarquía, que continuó por espacio de cinco generaciones, ascendió al trono Proteo, en la época de la guerra de Troya, de la que nos ocuparemos al hablar de Elena.

Los tiempos mas florecientes del Egipto se encuentran desde el año 1500 al 800 antes de Jesucristo, en que Sabacou avasalló este pais y perturbó la paz, bajo cuya benéfica sombra se habia engrandecido tanto.

Un pais de tan alta antigüedad, dice uno de nuestros contemporáneos escritores, y ceñido de tanta gloria, viene á ser una especie de geroglífico del mundo antiguo: para hablar de sus grandezas, quedannos solamente desparramadas ruinas, catacumbas metidas dentro de la tierra, obstruidos canales, esqueletos de ciudades y templos, columnas y obeliscos que han logrado libertarse del rigor del tiempo y de la avidez de pueblos bárbaros ó cultos, arcanos de la muerte violados por la ciencia, pirámides que desde el centro de las arenas levantan aun su truncada cúspide á mas altura que ningun otro edificio humano, hasta que el polvo del desierto llegue tambien á sepultar esos vestigios de su primitiva magnificencia. Esos montes de piedras talladas, esas inmensas figuras de hombres y de animales, esos palacios de gigantes alzándose hácia el cielo ó socavados en la tierra, esas páginas de historia escritas para la eternidad en misteriosos caracteres, detienen el espíritu del hombre y avivan en su mente el deseo de averiguar de dónde provino aquel pueblo extraordinario, de dónde procedieron sus artes, adonde le condujeron la inteligencia íntima y el amor profundo de la ciencia que formaron su carácter distintivo, y en qué fuente bebió su estabilidad política.

Al contemplar hoy en los museos de París y Londres, los testimonios allí reunidos para tener una leve idea de la grandeza de aquellos paises, queda absorto el ánimo, como se queda tambien al admirar el obelisco de Luxor, que se ostenta en la Plaza de la Concordia.

De admirar es tambien aquella costumbre que se cuenta, de que todas las mañanas se dirigia el Rey al templo, donde el Sumo Pontífice le predicaba las virtudes que debia tener un soberano, los males á que arrastraban los vicios, y maldecia á los que estraviaban á los reyes.

Despues del sacrificio, se leian máximas de moral y los hechos históricos mas propios, para inspirarle las virtudes reales. El nombre de los reyes condenados despues de su muerte era borrado de los monumentos.

Las leyes egipcias castigaban la infidelidad del hombre casado con mil azotes, y la de la mujer cortándola la nariz. El calumniador sufría la pena que se hubiera impuesto al inocente calumniado. Todos estaban obligados á dar parte del modo con que se ganaban su vida, y la ociosidad era castigada con la muerte. El padre que mataba á su hijo, se le condenaba á tener tres dias abrazado su cadáver.

En Egipto se inventó el papiro de que se servian los antiguos para escribir.

Las mujeres gastaban holgados vestidos de algodón ó de lino, de un solo color y con anchas mangas: arreglábanse el cabello con arte, se adornaban con cintas, anillos y zarcillos, llevaban descubierto el rostro, y hacian que les siguiesen esclavos vestidos de anchos trajes rayados. Iban los ricos en palanquines y en carros de dos caballos, precedidos de volantes, y seguidos de gentes que llevaban una silla, y lo que el amo podia necesitar en el camino. Jugaban á las damas, y los muchachos á la pelota y otros ejercicios de fuerza. Las funciones del pueblo consistian en corridas de toros, en caza de hienas, en bufones y en enanos. Ornaban las habitaciones de los ricos pinturas al fresco y magníficos muebles, etc. Al entrar los convidados en el salon de los banquetes, los esclavos les quitaban las sandalias, y acudían otros con aguas y perfumes. Sentábanse entonces separadamente de las mujeres, y concluida la ablucion, recibían una flor de luto ó guirnalda.

Atribúyese á Mauethé la institucion del matrimonio, estableciéndose con estas uniones legítimas el fundamento de toda la sociedad. Se casaban con sus primas y con sus cuñadas que quedaban viudas sin hijos, como lo hicieron los hebreos y lo hacen todavía los coftos. La raza macedónica introdujo luego los matrimonios entre hermanos y hermanas. A las mujeres se les guardaba en serrallos.

Representamos á los egipcios como dechados de gratitud y de respeto filial, aunque solo las hijas estuvieran obligadas por las leyes á mantener á sus padres de edad avanzada.

Los sábios, como Pitágoras, Homero, Platon, Licurgo y Solon fueron á buscar la ciencia á Egipto, á quien algunos han considerado como el mas sábio de todos los pueblos.

Las sacerdotisas eran conocidas en Egipto, y la mujer ocupaba así un rango en la sociedad, en cuya

suerte influía. ¡Lástima que los historiadores no hayan investigado sino hechos parciales debidos á la mujer! Quizá debieron á ella su gloria la mayor parte de los héroes, cuyos nombres están esculpidos en los templos, en los obeliscos, y en esos monumentos de granito que nos ha legado la antigüedad para nuestro asombro.

Pero aun nos asombraremos mas al tratar de Grecia y de Elena, en quien está personificada una grande época.

A. P.

LITERATURA.

Al Sr. D. José Ortiz de Pineda.

TOLEDO.

Sobre escabrosos montes te levantas,
allá del Tajo en la frondosa orilla,
ciudad famosa que la vista encantas,
abandonada corte de Castilla.

Matrona que al morir fuiste enterrada
con tu imperial diadema y tus blasones,
conservas solo de la edad pasada
el codiciado manto hecho girones.

Libro de piedra donde yace escrita
la historia de mi patria toda entera;
cómo tu aspecto á confesar incita
de la grandeza el aura pasajera!

Luchaste con el tiempo poderosa
siglos y siglos, pero al fin vencida,
como Roma caíste majestuosa,
pero no como Roma envilecida.

Los pueblos todos que por tí pasaron
en el período inmenso de tu historia
huellas de su grandeza te legaron,
que hoy forman tu corona mortuoria:
por eso aunque las tocas de cristiana
hoy velen tu semblante soberano,
aun descubres la túnica romana
y el damasquino alfanje mahometano.

Si tus campanas mil en són vibrante
ensordecen el aire repicando,
al escucharlas juzga el caminante
que están tu propia muerte pregonando.

Qué se hicieron tus reyes y prelados
que cansaron las voces de la fama?
Solo de tus artistas renombrados
arde en las obras tu pasada llama.

Salve insigne ciudad! cuán sosegados
de mi infancia los años inocentes
corrieron en tu suelo, y cuán grabados
están en mi memoria y cuán presentes!

En tus soberbios grandes monumentos
las españolas glorias he estudiado,
no fueran hoy cual son mis pensamientos
si no hubiese en tus muros habitado.

Contemplando el solar triste, ruinoso,
donde se alzó la casa de Padilla,
por vez primera pronuncié gozoso
los nombres de los héroes de Castilla:
allí sentí que el alma se abrasaba
en odio á la extranjera tiranía,
que ardiente y poderoso en mí brotaba
sentimiento que yo no comprendía;
los ojos arrasados en el llanto
allí juré con vigoroso acento,
de libertad al sentimiento santo
rendir mi vida hasta el postrer aliento.

El Alcázar la cuita dolorida
me reveló de Blanca infortunada,
que la toca imperial ya preparada
contempló en su mortaja convertida.

La voz de los Concilios resonante
oir en la Basílica he pensado,
cuantas veces con planta resonante
la pavorosa bóveda he pisado.

En el llamado baño de la Caba
al escuchar el agua que murmura
imaginaba yo que allí sonaba
el doliente gemir de la hermosura.

Al mirar como el mármol representa
la imagen de D. Alvaro de Luna,
aprendí la catástrofe sangrienta
que igualó su desgracia á su fortuna.

Tu catedral que ostenta confundida
la arquitectura goda y la agarena,
tumba es de piedra donde hallé esculpida
la gigantesca lucha sarracena.

Y dó quier que mi vista se estendia
recuerdos encontraba y tradiciones,
que agitaban mi ardiente fantasía
con terribles fantásticas visiones;
y en medio de la noche silenciosa
mi pensamiento rápido vagaba
de siglo en siglo, y de la eterna fosa
á mil generaciones levantaba.

Allí tu voz, anciano á quien venero,
fué la primera que á enseñarme vino
con el acento de verdad severo,
de la virtud el áspero camino.

Adios ciudad de mi niñez querida!
 en el violento curso arrebatado
 con que corren los años de mi vida,
 yo siempre tu recuerdo he conservado.

M. ORTIZ DE PINEDO.

EL CABALLERO DE LA BANDA AZUL.

(Continuacion.)

La distancia que separaba á estos dos hombres era tan corta, que los borceguies del huésped tocaban con las sandalias del cenobita. Éste fijó sus ojos pequeños y hundidos sobre el rostro del caballero, el cual representaría una edad de veinte y cinco años. Las facciones juveniles y ligeramente tostadas por la influencia de los rayos del sol le daban un aspecto marcial, que aumentara mas y mas el sedoso y negro bigote, que en dos hermosísimos rizos le bajaban casi hasta la mitad del pecho. Sus ojos de un negro azabachado despedían una mirada vigorosa, pero espresiva, simpática, y que no podía observarse sin causar efecto. Su cabellos negros y largos divididos por una blanca raya, caían ondulantes y con cierta coquetería á los dos lados de su oblonga cabeza; por último, su guerrera apostura y gallarda talla, completaban un tipo caballeresco de la edad media, y que hoy nos interesan cuando los vemos reproducidos por los pinceles de nuestros hábiles artistas.

También á su vez el caballero revistió el semblante del anacoreta, y á su vez también palideció al reconocer sin duda al hombre que estaba oculto por el burdo ropón; y si bien el caballero supo disfrazar mejor los pensamientos que allá en su interior se desarrollaban con el descubrimiento que pudo hacer, ya no apareció en su rostro aquella natural tranquilidad con que le viéramos despojarse de su traje de guerrero.

Bien fuese por la mútua desconfianza que estos dos personajes se tenían, bien que el anacoreta respetase y temiese el valor del jóven que á su lado estaba, y que éste como buen caballero no quisiera pagar con una felonía la hospitalidad que se le otorgara, lo cierto es que durante la preparacion de la cena, ni despues de finalizada, no entablaron conversacion alguna que pudiese hacer estallar el volcan que cada cual en su pecho conservaba.

Era lo mas natural que el ermitaño hubiera tratado de indagar la vida errante y misteriosa del jóven que conservaba sobre su sayo de terciopelo una *banda azul*, y con quien pasara largas horas de una noche

de invierno; así como nada era de estrañar que *Banda-Azul* hubiese procurado saber qué sucesos habian obligado al anacoreta á vivir entre aquellas soledades, que solo podian apeteer hombres de malos antecedentes; sin embargo, á pesar de la franqueza propia de un hospedaje y de una dilatada noche, ninguno procuró indirectamente averiguar las causales que mutuamente tenían para llevar el caballero una vida de azares y el cenobita de oscuridad y penitencia; demostrando con lo frio de sus diálogos que procuraban ocultarse uno á otro narraciones de compromiso, cuyo desenlace debiera de ser trágico y espantoso.

—Hermano; dijo el anacoreta luego que terminada la cena hubo recogido los manteles de la mesa; en ese cuartito de la derecha podeis descansar, interinyo, segun costumbre, voy á orar por vivos y muertos.

—Muy bien, *santo varon*, contestó *Banda-Azul* disimulando el mortífero encono que en su pecho rebotaba, y atusando sus negros bigotes para ocultar una ráfaga de sonrisa burlona que brilló entre sus lábios ante la hipócrita conducta de su compañero. Yo hermano, añadió, os acompañaria de buena gana, pero no quiero interrumpir la soledad de *vuestras santas meditaciones*....

Acto continuo tomó sus armas y pertrechos militares del estacon donde los colgára, y se entró en el cuarto señalado por el cenobita. Éste tomó el sucio farolillo de la mesa, y por un estrecho callejon se encaminó al templo.

Un cuarto de hora despues llamaba en las puertas del inmediato castillo de Maqueda, y recibido por D. Nuño ofreció á éste entregar á la mañana la cabeza de *Banda-Azul* hospedado en su ermita. Éste partió á cumplir su oferta, y D. Nuño se dirigió lleno de júbilo al salon gótico donde le vimos en union de Sancho-Perez, de su hija y de los jefes que se entretenían en jugar á los dados.

V.

PERO-MARTIN.

Luego que las doncellas de Clotilde despojaron á su señora de su traje y colocaron sobre sus hombros una elegante bata con entredoses y listones de brocado, salieron del gabinete para retirarse á descansar, interin la hija de Sancho-Perez sentada al calor de la chimenea de su cuarto, esperaba, unas veces pensativa, y las mas inquieta, la llegada de su dueña Beatriz, quien segundos antes que las doncellas partieran, habia salido á cumplir órdenes de Clotilde.

—Señora, dijo la dueña abriendo la pintada mampara; Pero-Martin espera.

—Entrad, contestó Clotilde abrochando su larga

bata sobre los púdicos encantos de su seno palpitante y virginal.

Pero-Martin entró en el gabinete, dió algunos pasos hácia Clotilde, y se detuvo respetuosamente á cierta distancia; doña Beatriz obedeciendo á una indicacion de su jóven señora, tomó asiento frente por frente de la chimenea.

En este momento el reloj del castillo anunció la una.

Era Pero-Martin un hombre de cincuenta años, que habia acompañado á su señor en sus dias de felicidad y de amargura. Mensajero de amores con la difunta mamá de Clotilde y del capitán, habia estado tambien á su lado en las dilatadas campañas del marqués. Éste profesaba á su fiel y antiguo servidor un gran afecto, debido al cual, Pero-Martin en el castillo pasaba su vida en referir á los guerreros sus hechos de armas, asistir á su señor en algunas comisiones reservadas del servicio, y descansar de sus pasadas fatigas. Clotilde no pocas veces se entretenia en oír contar las proezas del veterano, quien dotado de cierta gracia en el decir, solia mezclar en sus relatos algun alegre acontecimiento de su juventud ó de su señor, motivo por el cual la hija de Sancho-Perez le regalaba y tenia en gran estima.

En el momento en que le presentamos á nuestras lectoras, vestia un traje en relacion á sus inclinaciones á la caza; diversion que no podian estorbar sus cincuenta años de edad.

Su traje era un colete de ante, con mangas, de paño de monte, calzas azules, fuertes porceguies, un talabarte de cuero, de donde pendia de continuo su cuchillo de caza; sobre sus hombros llevaba una capa del paño de su justillo, y entre sus manos velludas una gorra de nutria. Su elevada estatura, lo enjuto de sus carnes, el pronunciado perfil de sus facciones tostadas y morenas, y su mirada perspicaz y rutilante, que se desprendia de unos ojos grandes y castaños, todo marcaba que Pero-Martin era un hombre asaz emprendedor, y á quien podia confiársele cualquier comision por árduo y peligroso que fuera su desempeño. A probarlo vamos.

—Te necesito por una hora, Pero-Martin, dijo la jóven fijándose en el antiguo doméstico.

—Señora, sabeis que soy tan leal como uno de los sabuesos del señor marqués, y tan dispuesto como vuestro hermoso halcon.

—Sin embargo, será necesario salir del castillo y caminar cosa de media legua; hace frio, mucho frio, el vendabal arrecia, y todo ello me apesadumbra en mi exigencia para contigo.

—Oh! si á vos os apesadumbra, á mí me entristece os hayais olvidado que soy un veterano y un arriesgado cazador, á cuya piel curtida por el granizo nada la causa ya impresion; y como siempre que os

acordais de Pero-Martin es para ser portador de un beneficio para algun desgraciado, no sé si es porque bajo de mi tosco colete salte un corazon inclinado á lo bueno, ó que la grandeza de mi señora se me haya pegado á el alma, es la verdad que cuando me ordenais venir á vuestra presencia, parece que mi sangre se reanima, mi sér se remocea, y vuelo á obedecer vuestros mandatos, ni mas ni menos que el gamo desde las sierras se lanza á las verdes praderas que vé allá en lontananza.

—Eres siempre el mismo, te doy las gracias. ¿Sabes á la ermita de San Anton?

—¿La que está en el encinar?

—La misma. Pues bien, en esa mansion en donde parecia que solo debiera respirarse misericordia y cristianismo, se proyecta en esta noche un crimen.

—Oh, que bien dije yo para mi colete, cuando por órden vuestra, con premura, en tan mala noche y en horas avanzadas, se me llamaba por mi señora.

—¿Qué pensaste?

—Que se trataba de alguna mision que rayase muy alto á los ojos de Dios.

—Cierto, mi buen Pero-Martin. Se trata del desventurado *Banda-Azul*, á quien es preciso salvar del puñal del anacoreta, en cuya ermita se alberga el desventurado caballero. Tal vez será tarde....

—Tarde ó temprano, ese bribon me pagará el mal rató y la mala intencion, colgándole de la encina mas alta.

—Nada. Tu mision es evitar un crimen, nunca cometer otro; dejo á tu eleccion el que retires al caballero de la ermita sin sospechas contra el anacoreta.

—¿Qué otra cosa, señora?

—Discrecion, ligereza y *secreto de mi nombre*, nada mas.

Pero-Martin se inclinó, salió de la estancia, y repitiendo las palabras *discrecion, ligereza y secreto*, se dirigió á su cuarto, tomó primero su alcazaba y su ballesta, y en seguida, mediante una escala que arrojó desde la pequeña ventana ojiva de su habitacion, se deslizó veloz cual una ardilla, perdiéndose á poco entre la oscuridad de la espantosa noche que reinaba.

VI.

EL DEDO DE DIOS.

Dejamos al caballero de la *Banda-Azul* tomando sus arreos y armas para retirarse á descansar; pues bien, luego que penetró en la especie de celda que el cenobita le destinara para dormitorio; su primer cuidado fué el de registrar la habitacion, con objeto de indagar si puertas secretas en las paredes ó en el so-

lar podían proporcionar á su contrario vengarse á salvo del caballero. Convencido éste por el escrupuloso registro que acababa de verificar, que solo por la puerta de entrada podía ser atacado, colocadas sus armas al lado opuesto por donde pudiera venir el anacoreta, se puso bajo de su sayo una fina cota de malla que frustrase un primer golpe dado á traición. Enseguida colocó su daga de puño de plata bajo de la almohada, y vestido se arrojó en el miserable lecho que se le había deparado, no con el objeto de entregarse al sueño, que bien le era menester, sino el de velar y desentumecer sus miembros con las marchas y contramarchas que hiciera por aquellos bosques, y por espacio de veinte y cuatro horas.

La oración del ermitaño, notó el caballero, se prolongaba demasiado.... otro de un corazón pusilánime habría salido de aquella celda, ó presunta tumba, pero *Banda-Azul*, si bien con precaución, continuó tendido en la cama con la mayor tranquilidad y sangre fría.

—Juzga no le he conocido, decía en su interior. ¡Cobarde, tu hipócrita ropon y tu fingida barba no han sido bastante disfraz!.... Esperaré á dar tiempo para asesinarme dormido? Ah, si ese es su plan, desgraciado de él!.... Observando las leyes de Caballería respetaré su vida por esta noche de hospitalidad, y sin darme á conocer partiré al romper la aurora..... mas si traidor me acometiese, su hora postrera sonará!

Los presentimientos del caballero iban á convertirse en realidad.... Segundos después se apercibió junto á la puerta el casi imperceptible ruido de las sandalias del cenobita. *Banda-Azul* se preparó á la lucha, que debiera terminar por uno de los dos combatientes, y sin duda de un modo trágico y sangriento. El caballero se incorporó... el anacoreta, puñal en mano, avanzó al lecho....

Si en este momento hubiera sido posible en aquel aposento oscuro iluminarlo de repente por medio de una luz artificial, hubiéramos visto la feroz alegría, que á semejanza de la del tigre junto á su presa, brillara en el rostro y pupilas del asesino, á la par que en el de *Banda-Azul* se daguerreotipaba toda la indignación de un alma noble y valiente, que espía los movimientos del reptil que se le aproximaba.

El anacoreta midiendo la distancia, como pantera sobre su víctima, alzó su puñal y lo dejó caer sobre *Banda-Azul*; un doloroso ay se oyó después, al que prosiguió el ruido de un cuerpo pesado que caía sobre el duro suelo.

Momentos después uno de los dos combatientes de aquella horrible lucha, muda, breve y trágica, y llevada á cabo en medio de la oscuridad, se dirigió á la inmediata coccinilla para tomar el sucio farol que lucía sobre la mesa; acto continuo se dirigió al aposen-

to del combate, en donde su contrario se revolcaba en su propia sangre.

El anacoreta espiraba.... *Banda-Azul* al sentir sobre su cota de malla la punta del acero asesino, arrojó á éste con velocidad y destreza entre la pared y el lecho donde había reposado, y el asesino con tan inesperado cual brusco empuje cayó al suelo, y se envainó de una manera casual su puñal en el bajo-ventre.

Banda-Azul á vista de este incidente, y después de reconocer una de las orejas del que moribundo lanzaba los últimos gemidos de su estertoreo pecho, exclamó: ¡El dedo de Dios! ¡Si, quien mal anda mal acaba!.... Después tomó sus pertrechos militares y se dirigió á la caballeriza, en donde fué saludado por su fogoso corcel por medio de un relincho.

—Olá, *Cartaginés* ¿me felicitas? dijo el caballero acariciando al hermoso bruto.

(Se continuará).

FÉLIX MONTERO MORALES.

CAPRICHOS DE ARTISTAS.

Todos los hombres tienen sus caprichos, y no son los artistas los que menos pagan su tributo en este género á la debilidad humana.

Auber no podía permanecer dos días seguidos en la mas hermosa ciudad del mundo. Adolfo Adam tenía singular antipatía á la frondosidad de los árboles. Donizetti hacia sus viajes durmiendo, sin pararse un momento á contemplar las maravillas de la naturaleza. Paër se complacía en ser contrariado: escribió *Camilo*, *Sargines* y *Aquiles*, disputando con sus amigos, reprendiendo á sus hijos, regañando á sus criados. Cimarosa tenía siempre á su lado una docena de curiosos que le entretenían en discutir de todo, mientras el maestro escribía. Sachini perdía el hilo de su inspiración, sino veía á su gato saltar sobre la mesa. Sarti no sabía componer sino en una habitación desamueblada y oscura, ni podía sufrir otra luz que la incierta de una lámpara, colgada del techo. También Spontini tenía la costumbre de componer en la oscuridad. Salieri se veía obligado para refrescar su imaginación, á salirse de casa y recorrer las calles mas concurridas, comiendo caramelos. Hayn por el contrario, recostado en un ancho sillón, y con la vista en el techo, dejaba volar su imaginación por espacios desconocidos. Gluck se instalaba con dos botellas de Champaña al aire libre, y á veces con un sol de justicia, inflamado su espíritu y gesticulando como podía hacerlo el actor encargado de interpretar sus dramas líricos. Haëndel se paseaba en los cementerios é iba á sentarse con frecuencia en los rincones mas so-

litarios de los templos. Paesiello, en extremo perezoso, pasaba en la cama la mayor parte del día. Méhul adoraba las flores; se estasiaba contemplando una rosa, y no se consideraba completamente feliz sino cuando vagaba errante en los bosquillos de los jardines. Mozart leía y releía á Homero, Dante, y el Petrarca: casi nunca se ponía al clave sino después de haber recorrido algun capítulo de sus autores favoritos. Verdi, en nuestros días, se prepara á la composición con la lectura de algun drama de Shakspeare, de Goethe, de Schiller, de Victor Hugo, ó de algun fragmento de Ossian.

VARIEDADES.

EL MAL HUMOR.

El hombre es un reloj descompuesto, que unas veces atrasa y otras adelanta, pero que no señala nunca las horas de su vida con regularidad. La ambicion, el amor, el odio, todas las pasiones violentas aceleran sus movimientos y le animan; el desengaño, el dolor, la indiferencia, todos los sentimientos abrumadores le detienen y desalientan. ¡Feliz aquel que mientras le dura la cuerda, sufre menos alteraciones, y llega al último término de su existencia sin haber adelantado ó atrasado mucho, porque tan mala es una cosa como otra!

Gracias á la alternativa de pasiones y sentimientos que eslabonan y encadenan los días de la vida, el hombre está sujeto á una terrible enfermedad, para la cual no suele tener remedio la medicina. Llamásele en inglés *esplin*, y en castellano *mal humor*; en inglés hace que los hombres se ahorquen muy á menudo, y en español, sin duda porque no da tan fuerte, que se desesperen y riñan con su sombra.

No se crea, por lo que llevamos dicho, que el mal humor es propiedad esclusiva de ingleses y españoles. ¡Ay, no! No existe pueblo en el mundo que no esté espuesto á sufrir el mismo mal; para pasarle del mejor modo posible, en unas partes se emborrachan, en otras juegan, en algunas se desafían y en otras se comen. ¡Se comen! Sí, lectoras mías, cuando en varios países de la Oceanía los hombres, después de haber guisado á un semejante luego se lo engullen, lo hacen para distraerse del *mal humor* que les ha producido la guerra ó la paz, porque hasta la paz suele incomodar á los mortales; ¡tan delicados somos!

El mal humor tiene causas conocidas ó desconocidas: es decir, puede ser hijo legítimo ó incluso.

El mal humor suele siempre deber su existencia á pequeñeces que no valen la pena.

Si sois mujer, á un alfilerazo;

O á un epigrama;

O á una hora de silencio;

O á la tardanza de la persona á quien amáis;

O á un sueño;

En fin, á cualquiera de los infinitos incidentes sin importancia de que está llena la vida humana.

Si sois hombre, podeis deber vuestro mal humor á un cigarro;

A un tropezon;

Al encuentro de una persona que os es antipática;

A no tener dinero;

A tener demasiado;

A una cita frustrada.

A todo lo que menos os importe ó menos debiera importaros.

Esto es cuando el mal humor tiene padres conocidos, que del origen del mal humor incluso no es fácil enteraros: puede ser el aire, el sol, la tierra, el cielo, la nada....

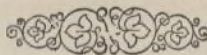
Esto es lo mas seguro.

El mal humor es un punto intermedio entre el placer y el dolor, inclinándose algo mas al segundo. Como todas las cosas ecléticas es desesperador y enervante, y confuso; el placer os hace reír; el dolor os hace llorar, el mal humor os fastidia; no sabéis donde empieza ni donde acaba, como no acabe ahorcándoos á uso inglés. El mal humor es ciego, y se mete imprudentemente en todas partes; en un bautizo, en una boda, en un convite, en un baile, en un entierro, en el juego; yo creo que ha de penetrar hasta en la tumba. Como no vé tropieza en el que primero encuentra, y ¡ay! entonces de él; si está en un bautizo los dulces le sabrán amargos; si en una boda los chistes le parecerán por lo frios sorbetes, si en un convite le sabrán los mas esquivitos manjares á rejalgos; si en un baile le dolerán los callos; si en un entierro le darán intenciones de reñir hasta con el muerto. El mal humor es intransigente, osado y loco.

El mal humor es nuestro mayor enemigo.

Y tanto es así, que por atormentaros, ¡ved si es criminal! el mal humor mio háme inspirado este artículo, que como engendrado por él, no os hará reír ni llorar; pero que á mí me dejará satisfecho. ¿Por qué? porque habrá contentado á mi mal humor.

LÁZARO.



BIBLIOGRAFÍA.

Tenemos el gusto de recomendar á nuestras lectoras la linda novelita original de nuestra apreciable colaboradora la señora doña María del Pilar Sinués de Marco. Esta obra, que se recomienda por su interés y buen lenguaje, se vende á 8 rs. en Madrid y 9 en Provincias. Las suscriptoras á nuestro periódico que la pidan directamente la obtendrán con un real de rebaja.

MODAS.

Los bosques han vestido ya su verde ropaje, los prados se matizan de flores, y los almacenes ostentan las modas mas lindas y seductoras. Disposiciones á cual mas caprichosas aparecen entre sus cristales, unas en dibujos grandes y suntuosos, para vestidos de ostentacion y de aparato, otras en graciosos y menudos floreos para traje mas de confianza, ó de señoritas. Los volantes, como adorno de verano, y de género muy español, siguen en favor, aunque el guarnecido de mas distincion es el de caidas, ó sea tiras á los dos costados de la falda. En las telas ricas estos adornos son tejidos ó brochados sobre fondo liso, ó de muaré. Continúan tambien los chinés, tafetanes escoceses, y otras telas sueltas entre las de seda, apareciendo ya en las mas ligeras, como anuncio ó preparativo para el buen tiempo, las granadinas, las muselinas de seda, bareses de gustos nuevos y otros tejidos de capricho. Los poplines, el grós de Atenas, y otras telas con mezcla de lana, son en la actualidad las de entretiempos.

Para traje de mañana hay lindísimos piqué y cottons inglesas, de fondo blanco, con graciosos dibujos estampados: estas telas requieren el corte alto, cerrado y con aldeta para poderse llevar á cuerpo. Es hechura que continuará hasta que reemplazadas estas telas por otras mas ligeras, como la muselina y el chaconá, exijan la estacion y la Moda cuerpos de cintura redonda y escotados, para usarse con una sencilla manteleta.

A pesar de estos anuncios, y especialmente para traje muy vestido, los que usamos se asemejan cada dia mas á los de nuestras tatarabuelas. Falda de delantal, de caidas á los lados, de doble falda, ó de grande aldeta, que cubre la mitad de la falda, á lo Luis XV. Es menester convenir que la aldeta, da infinita gracia al aire de una dama, porque puede acomodarse á todos los talles. La aldeta larga disminuye una cintura gruesa: la de un largo mediano al contrario, lo hace mas corto, aumentándolo con gracia: todo ello es efecto de óptica.

Acaso repetimos estos detalles en algunas de nuestras revistas, pero tenemos que hacerlo en obsequio á las nuevas suscriptoras que nos favorecen todos los dias, atraídas por nuestros figurines, que son los mejores que se publican en Europa, y por sus detalladas esplicaciones, copiadas por todos los periódicos. No seria justo que la Moda se apropiase completamente este triunfo, que tanto nos envanece; hay que dar tambien la parte que le pertenece á la seccion de Labores, elegida con tanto gusto, y al alcance de todas las señoritas por sus acertadas y claras esplicaciones.

Terminaremos este artículo con algunos detalles sobre el figurin que se reparte hoy á las suscriptoras con dos figurines.

La primera figura lleva vestido de glassé, color de Moda. El cuerpo es de chaqueta, cuya aldeta larga y de mucho vuelo, figura una tercera falda, con las dos del vestido. Esta chaqueta es alta y cerrada, con adornos de cinta verde que se cruzan en el hombro, formando tirantes por delante y por detrás: del uno al otro hay por delante traviesas de la misma cinta, que se ponen formando una V muy abierta. En la delantera de la aldeta va á cada lado una cinta ancha, y entre las dos un enrejado de cinta, un poco mas angosta, formando cuadros oblicuos. Este adorno se repite en la hombrera y en las caidas de los lados que guarnecen la aldeta, y las dos faldas.

La otra figura tiene vestido de novia, de muaré blanco, de cintura redonda, aunque alto y cerrado. La falda es doble, y la que figura túnica termina en un fleco de seda, con enrejado ancho, cuyo adorno se repite en la manga y su volante, y en la berta que en forma de corazon adorna el pecho.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del pliego de Labores.

- Núm. 1. *Dibujo* para mangas: bordado á la inglesa y á realce.
- Núm. 2. *Guarnicion*, bordado á feston y realce.
- Núm. 3. *Cuello*: bordado á plumetis.
- Núm. 4. *Puño*: correspondiente al cuello anterior.
- Núm. 5. *Entredos*: bordado á plumetis.
- Núm. 6. *Esquina de pañuelo*: bordado al pasado.
- Núm. 7. *Cuello*: bordado á feston.
- Núm. 8. *Esquina de pañuelo*: bordado á feston.